

## CAPITULO XXVIII

### POLONIA.

La Polonia tenia que luchar contra la más viciosa de las constituciones (1), contra los cosacos y contra las potencias vecinas, que desde entonces se proponian desmembrarla. Gaiados los cosacos por el hetman Khmielnicki, hicieron de nuevo irrupcion (1648) en el país después de la muerte de Ladislao VII (2). Habiendo derrotado á los polacos y adelantándose hasta Lemberg, sacaron al país una contribucion de 700,000 florines, sitiaron á Zamosc, é intimaron á la dieta elegir á Juan Casimiro, que en efecto, después de muchas tempestades, ascendió al trono polaco.

**Juan Casimiro V.**—Era hijo de Segismundo III, rey de Suecia destronado, y de Constanza de Austria. Habia mandado una escuadra española contra la Francia; pero hecho prisionero y encerrado en un castillo fuerte, puesto en libertad después por ruegos de Ladislao, viajó por Italia. Habiendo ido á Loreto, se sintió tan afectado que entró jesuita, y fué después cardenal. Relevado después de sus votos, se ciñó la corona y se casó, pero sin perder nada de su devocion, y de su amor á la órden á que se habia afiliado. No pudiendo conseguir nada de los cosacos con la dulzura, se vió obligado á hacerles la guerra; y trescientos mil de aquellos á los cuales se unieron ciento sesenta mil tártaros, cometieron increíbles asolaciones. Derrotado y cercado Casimiro, se vió obligado á confirmar á sus enemigos sus antiguos privilegios. Incorporó cuarenta mil en sus regimientos, y se comprometió á admitir la religion griega en todo el reino, dando asiento en el senado al arzobispo griego de Kief; obligóse además á pagar al kan de los tártaros un tributo de 90,000 florines al año.

(1) LENGNICH CHWALVKOWSKI.—*Fus publicum regni Polonia.*

(2) Véase la pág. 186.

Este vergonzoso tratado no tuvo duracion; los tártaros y los cosacos fueron batidos. Desgraciadamente los celos que sin cesar renacian entre los nobles y el rey, impidieron dar cima á la empresa; y en lugar de esterminar á aquellos salteadores, se adoptaron condiciones menos deshonrosas, que limitaban á veinte mil hombres el número de los que los polacos tomarian á su servicio. Su hetman Khmielnicki pidió ayuda al czar de Moscovia, Alejo Mikailowitch; y determinado este príncipe más bien por el deseo de recobrar las provincias separadas de su imperio que por los vínculos del parentesco, recibió á los cosacos bajo su patrocinio (1654). De aquí procedió una guerra con la Polonia, que tuvo que sufrir además un desembarco de los suecos; tanto, que fué vencida en todas partes. Concibiendo sin embargo el czar recelos de Carlos X, escuchó las proposiciones de Juan Casimiro (1656), y se determinó una tregua, por la cual la Rusia conservó sus adquisiciones, y se unió á la Polonia contra la Suecia. Por su parte el hetman de los cosacos trataba, por el contrario, con la Suecia, de dividir á la Polonia entre ellos, admitiendo además en la particion al Brandeburgo, á Radzivil, palatino de Wilna, y á Ragoczy, príncipe de Transilvania. Este último, que aspiraba al título de rey de Polonia, la invadió, pero como la Suecia se vió precisada á acudir al socorro de la Livonia, se encontró solo y no pudo pasar más adelante.

Viejo ya Khmielnicki (1657), hizo elegir por su sucesor á su hijo Jorge, bajo la tutela de Juan Wigohiski, su primer ministro; pero este último supo hacer que los moscovitas le nombrasen su jefe; habiendo reunido después los sufragios de la descontenta nacion (1658), se rebeló contra sus aliados, é hizo entrar á los cosacos bajo el dominio de la Polonia. Convinose entonces que los tres palatinados de Kief, Chernikof y Breslau formaran un

ducado particular con el nombre de Rusia, y que la Polonia seria considerada como compuesta de tres naciones, polaca, lituana y rusa. Al momento marchó el hetman contra los moscovitas (1661); pero entonces otros cosacos descontentos, proclamaron á Jorge Khmielnicki, que fué confirmado en su dignidad por el czar; resultó de esto que hubo dos hetmanes á la vez, el uno ruso y el otro polaco.

En suma, entre Rusia y Polonia se redujo todo á contiñas guerras, en las que los cosacos, unas veces fieles y otras hostiles, segun su capricho, cambiaban la estension del territorio y el poder de los combatientes; las tropas, sin subordinacion, obligaban á los reyes á mantenerlas constantemente ocupadas en la guerra; los armisticios, los tratados de paz no eran más que paliativos. Aunque la tregua de Andruschov (1667) estableció la division de los cosacos entre las dos potencias, los debates volvieron á comenzar, y este es el hecho más importante en el Norte en aquella epoca, y su consecuencia, la posesion de la Ukrania, que sirve de barrera contra los tártaros y los turcos.

En lo interior la mayoría de la nacion languidecia en una servidumbre deplorable, sin conocer patria, y sin alcanzar otro remedio á sus males que la invasion de algun príncipe extranjero, que pronto la desengañaba. El vivo sentimiento de la nacionalidad produjo entre los polacos muchos caracteres heroicos; pero les inspiró desvío hácia las modificaciones que reclamaba el cambio de la civilizacion. La eleccion de los reyes se sacaba, por decirlo así, á subasta; y cuando el voto público llamaba al trono al más digno, la intriga hacia que se pronunciasen en favor del que daba más. La administracion habia llegado á ser un medio de enriquecerse. Sicinski, nuncio de Lituania, fué el primero en romper la dieta interponiendo su disenso; y de aquí procedió el *liberum veto*, en virtud del cual un solo individuo podía oponer obstáculos á los derechos de la mayoría, lo que hacia á las dietas muy tempestuosas y enteramente estériles, pues bastaba que se opusiese un voto para impedir una resolucion. Añádase á esto las controversias religiosas: el rey era católico, pero se toleraba á los disidentes. Los obispos poseian grandes rentas, y en varias partes habia dos en una misma ciudad, uno latino y otro griego; el clero inferior era poco numeroso: habia menos conventos que en otras partes, y los prelados tenian asiento en el senado. Los luteranos se encontraban divididos en varias sectas; los griegos unidos y los griegos cismáticos se odiaban mortalmente. Llamabase *disidentes* á los no católicos, partido numeroso é informe, en el cual los socinianos eran tambien un objeto de odio, aunque se habian aumentado; fueron declarados herejes y escluidos de la libertad del culto, desde que se habian manifestado favorables á los suecos. Estos últimos, cuando la paz de Oliva, exigieron tolerancia absoluta á los disidentes; pero todo lo que pudieron obtener,

fué hacer abolir la pena de muerte pronunciada contra ellos.

Condolfase Juan Casimiro de tantos males, y pronunciaba en la dieta estas proféticas palabras: «Hubo un tiempo en el que reinaba la sencillez, el candor, el amor á la justicia, y nuestros padres, aun en medio de las facciones, estaban exentos de las influencias extranjeras; no habia tropas asalariadas; no se conocian los partidos nacidos en los campamento y en las confederaciones militares; nunca se habia visto á la fuerza dar un amo á la Polonia; no se preveía el dia en que los Estados vecinos se dividirian la Polonia destrozada por la discordia, y en el que la república llegaria á ser presa de las naciones. ¡Quiera Dios que no profetice con exactitud! pero me parece ver ya el momento en que el moscovita y el cosaco convocarán á todos aquellos de su lengua, y se apropiarán el gran ducado de Lituania; la gran Polonia se abrirá á la ambicion del brandeburgués, y ¿quién sabe si aprovechándose de las armas y de los tratados no pretenderá apoderarse de la Prusia? El Austria, que ambiciona ya la Cracovia, no querrá permanecer con las manos vacías. Estos vecinos quieren mejor poseer un pedazo de la Polonia, que ver á toda la monarquía bajo el cetro de un príncipe cuyo poder se ha limitado por las franquicias nacionales.»

Sordos permanecieron los polacos á estas palabras, y hasta se irritaron, porque la consecuencia que sacaba el príncipe era que debian elegir á un rey aun en vida suya. Los ánimos se agriaron en todas partes: las tropas formaron sus confederaciones, para hacerse pagar un crédito de 26.000,000 de florines; y aunque se les hizo que se contentasen con ocho, aun pretendieron reformar el gobierno, lo que produjo rebeliones y efusion de sangre.

Un poderoso señor y de gran capacidad, Sebastian, Jorge Lubomirski, se puso al frente de la oposicion (1664), sobre todo para impedir que el sucesor al trono fuese nombrado en vida del rey. Sucumbió y fué condenado á perder el honor y la vida; concedióse su empleo de gran mariscal del palacio á Juan Sobieski. Habiendo conseguido Lubomirski fugarse, se negó la dieta á deliberar y votar los subsidios para el año, si no se hacia justicia del condenado. Sublevóse el país y Lubomirski volvió con ochenta mil hombres á los cuales se unieron muchos más; favorecido por la victoria, entró en la Gran Polonia, donde fué bien acogido, y en una batalla campal consiguió ventajas sobre el rey. En fin, los obispos mediaron en un arreglo, y Casimiro prometió olvidarlo todo, y no hablar más de un sucesor al trono (1666).

Aquel rey, sin energia y que no era amado, se dejaba dirigir por su mujer Maria Luisa de Gonzaga. Cuando ésta murió, en lugar de sentirse libre, se encontró sin impulso, sin guia, sin capacidad y resuelto á abdicar. En vano trataron de disuadirle: retiróse al monasterio de San German de los Prados en París, donde este último vástago, va-

ron de la sangre de Wasa, murió á la edad de sesenta y tres años (1668).

Una condicion de la nueva eleccion fué que el rey no podia abdicar ni proponer su sucesor; las intrigas comenzaron de nuevo entre los competidores extranjeros, y llegaron las violencias en la asamblea hasta el extremo de dispararse pistoletazos. En fin, reuniéronse los sufragios y recayeron en Miguel Koribut Wisniowiecki (1669). Descendiente de la ilustre raza de los Piast, como habia sido despojado por los cosacos, vivia con una pension, y no habia solicitado un trono para el cual no se consideraba con aptitud, experiencia ni valor. No es de admirar que en medio de tantas tempestades esterióres é interiores perdiere pronto todo el favor, sobre todo por las invasiónes de los turcos, de las cuales no se hallaba en estado de defender al pais. La nobleza se negaba á levantarse, y no sabia más que formar sus confederaciones armadas, una para sostener la autoridad real y la otra para combatirla.

**Juan III Sobieski.**—Juan Sobieski, que era el jefe de esta última, salvó á su patria de la guerra civil y de la invasion otomana (1674). Ascendido al trono, que tan bien habia merecido, pudo libertar á Viena y á la cristiandad. Como su valor y el de los suyos hacia se desease su alianza, hubiera podido llegar á ser grande, si hubiese conocido los deberes de un rey y los derechos de su nacion; pero, por el contrario, se unió á la Rusia por ambicion personal con objeto de proporcionar un establecimiento á sus hijos; lo que le determinó á ceder al czar las adquisiciones anteriores hechas en Lituania, con Esmolensko y la pequeña Rusia. Kief y los cosacos zaporogas, mediante una suma de 60,000 rublos, y la alianza de este soberano contra los turcos y el kan de Crimea.

Debilitábase, pues, de dia en dia la Polonia. Habia renunciado por el tratado de Oliva á la soberania del ducado de Prusia, y cedido la Livonia que la Suecia le habia arrebatado. Abandonaba entonces la Lituania y la Ucrania á la Rusia, de quien hasta entonces habia sido superior. No consiguió, sin embargo, con semejantes sacrificios libertar al pais de la invasion de los tártaros; y el kan de Crimea se adelantó hasta Lemberg, dejando desierta la comarca allende el Dniester.

Sin embargo, la discordia se habia desencadenado en el interior, y las dietas eran siempre muy tempestuosas. En su consecuencia, la guerra se hacia fuera con longitud, y ya no fué posible recobrar á Kaminiéc, que era su objeto. Sobieski, cuya educacion habia sido escelente, que su buen natu-

ral, su lealtad en los tratados, su valor caballeresco en la guerra, su cortesania con las damas, su comiseracion, su lujo habian hecho considerar por algun tiempo como un héroe, decayó en la opinion pública cuando se vió que se dilataba la guerra con los turcos. Llegó la economía hasta la mezquindad; y presentándose rara vez en Varsovia, andaba errante de provincia en provincia. Las desgracias del pais llenaron de amargura sus últimos momentos (1696). Como se le aconsejase favoreciese á alguno en su testamento: *¿Para qué?* dijo. *¿No veis el vértigo que se ha apoderado de los polacos? ¿Cuán desgraciados son los reyes! ¡Vivos, mandamos sin ser obedecidos; y nos habian de obedecer después de muertos! Alabo á aquel que en vida ayuda á sus parientes y amigos; pero ¿quién sabe si lo que deja pasará á sus herederos? ¿qué ha sido de las disposiciones de mis predecesores? En una nacion en la que el oro manda, el dinero es el que juzga.*

Las cuestiones por su sucesion fueron un verdadero infierno. Las tropas se confederaron para reclamar su sueldo; la viuda de Sobieski intrigó y pleiteó contra sus propios hijos; los lituanos pretendieron que se les igualase en los derechos con los polacos; el hijo de Sobieski ofreció, si se le nombraba rey, 5.000,000 de florines, y 100,000 cada año para rescatar á los prisioneros de guerra. Federico Augusto, elector de Sajonia, que no vaciló en arriesgar los tranquilos goces de un hermoso pais por el fausto tempestuoso de aquella corte, propuso 10.000,000: teniendo á su disposicion un ejército de treinta mil hombres, recobraría á Kaminiéc, la Ucrania, la Valaquia, la Moldavia y la Podolia; haria marchar seiscientos combatientes pagados por él á cualquier llamamiento de la dieta. Luis XIV intrigaba aun con más actividad en favor del príncipe de Conti; y ya, en efecto, habia obtenido las tres cuartas partes de los votos, cuando le fueron arrebatados muchos sufragios á fuerza de dinero, y su concurrente fué proclamado al mismo tiempo que él; pero Augusto venció como más cercano, y fué coronado (1697).

**Augusto II.**—Presentóse el príncipe de Conti; creia encontrar un ejército de su partido; los polacos esperaban que llevase millones; el mútuo engaño fué conocido, volviéndose á Francia y Augusto quedó proclamado. ¿Era posible que la autoridad real se sostuviese, cuando la libertad de la eleccion sólo consistia en la de vender su voto? Ya se habia dicho que los males de este desgraciado pais no debian curarse sino con su muerte política.

## CAPÍTULO XXIX

### RUSIA.—LOS ROMANOFF.

La superioridad en el Norte pasaba ya de las antiguas potencias á una nueva. Durante tres siglos la Rusia habia permanecido estraña á la política y á la actividad civil de Europa, ocupada como lo estaba exclusivamente en reconstruir su nacionalidad sobre la ruina de los mongoles y en constituir su fuerza interior y su monarquia. Los príncipes de Moscou, desde Ivan I Kalila, hasta Vasili III, el Ciego (1), se habian dedicado á esta tarea; pero sólo Ivan III pudo asegurar su existencia política. Kalila no obtuvo éxito sino como diestro servidor de los mongoles. Demetrio III Donski venció á Mamai-kan, pero vió su capital reducida á cenizas, y tuvo que humillarse ante Toktamisch. Su sucesor no se dedicó más que á conservar: aun esto no lo consiguió, y solicitó la benevolencia de los mongoles. Incapaz su sobrino de resistir á un puñado de tártaros, cayó en el envilecimiento. La Horda de Oro y la Lituania limitaban el estrecho horizonte de un imperio que él mismo se ignoraba.

**Ivan III, 1462.**—Pero en el momento en que la faz de Europa cambiaba con el descubrimiento de la América, y en el que la nueva política de la casa de Austria, trastornando la Hungria, la Bohemia y la Polonia, daba al Norte una importancia política, Ivan III llegó á ser el verdadero fundador de un gran imperio. Empleando alternativamente la fuerza y la astucia; atrevido y reservado, combinando un prudente sistema de guerra y de paz con el Occidente, pero sin querer confundir aun sus destinos con los de sus aliados; hábil en procurarse instrumentos para sus designios, sin servir á nadie, aseguró la independencia de la Rusia, mucho tiempo avasallada á un pueblo nómada, se hizo respetar desde Viena á Copenhague, desde

Roma á Constantinopla, y marchó á la par con los emperadores y sultanes.

Le sirvió de mucho haber ascendido al trono en el rigor de los veinte y un años, y haberlo ocupado cuarenta y tres. Era necesario ante todo reunir los diferentes señoríos bajo la ley de un solo jefe, que bastante fuerte para emanciparse de la dominacion extranjera, pudiese recobrar las provincias perdidas y restablecer las fronteras. Sujetos los grandes príncipes de Rusia á pagar un tributo á la Horda de Oro, se presentaban á los piés del enviado del kan de Captchak, y le ofrecian un vaso lleno de leche de burra; si se derramaba una gota en la clin del caballo en que estaba sentado este funcionario, debian lamerla. Ivan se negó á esta humillacion; y cuando el kan Ahmed le envió la orden sellada con el gran sello exigiéndolo, la pisoteó é hizo dar muerte á los embajadores, esceptuando á uno solo para que llevase la noticia al Captchak. Incitado, pues, Ahmed por Casimiro IV, rey de Polonia, invadió la Rusia; pero la gran duquesa Maria animó el valor de su marido, los sacerdotes despertaron el patriotismo. Detenido Ahmed por el ejército ruso, se vió sorprendido en su retirada por los tártaros nogais. Fué muerto en medio de la pelea y la Horda de Oro quedó destruida. De esta manera se encontró la Rusia libre de los tártaros sin haber siquiera corrido el peligro de una batalla.

Independiente ya Ivan, quiso hacerse autócrata. Novogorod conservaba el privilegio de tener jueces y una administracion que le era propia, como Pskof; á ejemplo de las ciudades libres de Alemania, tenia un posadnick ó podestá, magistrados elegidos de la clase media, y grandes asambleas (*vetches*), donde todos los vecinos se reunian al toque de la gran campana. Ivan dijo: «Quiero reinar tanto en Novogorod como en Moscou; tengo

(1) Véase el Libro XIII, cap. 27.